

Reapariciones

*Tununa Mercado**

Los efectos de destrucción de una cultura suelen medirse en sus alcances más extremos, como si evaluando los daños mayores se saldara un equilibrio que hiciera posible un recomienzo. Así son los campos de batalla después de una guerra, o de una catástrofe natural, o los días posteriores a un duelo personal. Así son también los silencios de las poblaciones arrasadas por un invasor, que ven sus techos convertirse primero en lápidas y luego en cimientos de los nuevos edificios del conquistador. Sólo un tiempo después, un tiempo de imprevisible duración, una comunidad sale de las sombras para recuperarse y recuperar lo que le pertenece. Lo hemos visto en el cine, lo hemos leído en los clásicos de la literatura de posguerra: una niña aparece desde las sombras, desgredada, harapienta, y recoge entre los escombros un juguete perdido y salvado; una mujer desempolva una cuna, un hombre rescata un manuscrito o pondera el valor de una herramienta. Un impulso arqueológico semejante anima a un país o a un pueblo a encontrar la vasija que le devuelva el sentido de su origen y que reinicie el ciclo suspendido: todo vuelve a ponerse en movimiento a partir de ese resto cuyo poder de regeneración es el de la vida misma.

Nunca dejaremos de ponderar lo suficiente lo que significa que la Argentina haya sido el país que completó y perfeccionó la figura del secuestro con desaparición definitiva de persona. Fue como exacerbar la muerte, exigirle que diera el máximo de sí, que fuera más muerte cada día en la mesa de tortura y muerte más allá de la ejecución misma, hasta extinguir toda huella de cuerpo y de persona, hasta disolver nombres y vínculos, hasta desaparecer incluso como muerte. Cuando terminaron con todo, las revelaciones -así entendidas por muchos que no pudieron o quisieron ver lo que había sucedido- cubrieron el escenario de muertos: la prensa que antes había reproducido a todo color la gesta fútbol-Malvinas hizo espectáculo de la muerte, saturando todos los espacios con las imágenes del terror que pretendía haber desconocido durante una década. De la desaparición a la saturación, la dialéctica que se puso en práctica consolidó un esquema binario

* Escritora.

fatídico, el del doblodemonio, sobre el que la vida civil y privada se acomodó a sus anchas, sin ahorrarse el despliegue de otras duplas confundidas en los repliegues: el Tánatos y el Eros, dos caras de la antropología más elemental tuvieron sus propias máscaras de terror: por un lado los caídos, torturados, muertos, desaparecidos y, por el otro, el destape de cuerpos femeninos desnudos vistos de atrás, recorte anatómico tan propio de la iconografía masculina nacional.

No era el momento para honrar a esos muertos mezclados a designio con sus ejecutores en el mismo campo demonológico, y es de imaginar la soledad de entonces en las casas, en los sueños, en la memoria o en las conciencias de los que buscaban estrategias para vivir con sus desaparecidos. Cómo oírlos en la espera; cómo sacarse de encima las categorías del olvido y del perdón, de la obediencia y el deber, de la síntesis que implicaba cualquier punto final. Cómo estar a solas con sus muertos y hacer el recuento y la evaluación, cómo entender las fuerzas y los valores que habían llevado a los suyos a la acción política y cómo ser limpiamente deudos con memoria y amor. Más allá de la claridad que pueden haber tenido algunos sectores de la sociedad acerca de la pertinencia de la lucha que protagonizaron sus muertos, de la capacidad para inscribirla en una situación histórica precisa, y del rechazo que se pudo tener de la desafortunada teoría oficial sabatiana, la censura predominó bajo diversas formas. Se perdía la dirección y el sentido de los actos de quienes habían desaparecido o habían sido ejecutados por la represión militar y sólo paulatinamente se fue tejiendo una contracultura de la desaparición desde distintos ángulos y con diferentes modos de expresión de una voluntad de salir del encierro y el ocultamiento.

La forma de la muerte instaurada, sancionada, finalmente racionalizada, que había logrado imponerse como silencio y negación tenía la siniestra capacidad de hacer desaparecer por partida múltiple al desaparecido. No estaba, se le había negado muerte propia y sepultura, sus acciones se borraban por obra de un sistema de consideraciones impuesto, su existencia era violentada por razones salidas de un aparato pseudoconceptual que generalizaba el uso de juicios generados por el que había sido su enemigo a muerte, su ejecutor y victimario o, en última instancia y en el mejor de los casos, su contrincante.

El 27 de febrero de 1993 se inauguró un espacio con siete piedras gigantescas en memoria de los siete desaparecidos de Villa María, Córdoba. Unas grúas arrancaron las moles del lecho del río Primero o Suquía, a la altura de La Calera, y unos camiones las trasladaron hasta donde serían emplazadas junto al río

Talamochita, en la ciudad de Villa María. La faena fue ciclópea para quienes idearon el proyecto y finalmente lo llevaron a cabo: Liliana Felipe, familiar de dos de esos desaparecidos, y Jesusa Rodríguez¹.

En círculo, con un reloj de sol en el centro, en el parque de la costanera, las siete piedras tienen siete nombres grabados en su superficie. Hijos, padres, amigos, hicieron allí el cementerio de sus muertos. Había un desaparecido más cuya desaparición nunca había sido denunciada, a quien sus padres nombraron por primera vez como parte de ese pueblo, de esa ciudad y de esos ideales alrededor de esos dólmenes y en una ceremonia que parecía arcaica pero que en su primitivismo rescataba rituales hasta un presente vivo, la memoria sin tiempo que quería representar el reloj de sol. Quienes allí estábamos sentimos que se cumplía un acto de resistencia personal, pero fundamentalmente genérico, de especie humana, de humanidad.

Los muertos y desaparecidos encontraron otro espacio de inscripción, el que les ofreció el ritual necrológico, y que sólo estaba esperando, a disposición de quienes quisieran usarlo con un sentido de resarcimiento y reivindicación, como instrumento de una cultura capaz de reaccionar como despojo y ante los despojos. La nota necrológica, cuya redacción en la prensa tradicional suele responder a un estereotipo, cambió de signo: al pasar a un diario de oposición se convirtió en una herramienta de esa memoria que en su los adjetivos que la acompañan -memoria activa, memoria viva- estaba señalando una valoración política obstruida, a la que costaba regresar, o al menos a la que costaba darle forma por la carga afectiva personal que soportaba. Esa decisión de publicar los recordatorios fue un acto de arrojo, y una muestra de creatividad política; la reapropiación de bienes de una cultura.

La relación que establecí con los detenidos desaparecidos a través de los recordatorios publicados en *Página 12* tuvo varias etapas. Empecé a recortar las esquelas después de una de las reuniones de preparación del taller "El pasado hoy: más que memoria" que se hizo en la Facultad de Derecho los miércoles de octubre último, admitiendo de entrada que la recolección sería incompleta, pero que me permitiría al menos tener una muestra de unos treinta días, suficiente para hacerme una idea aproximada de ese tipo de textos que desde hace unos años se ha

¹ Véase Liliana Felipe y Jesusa Rodríguez, "Existes porque te recuerdo"; T. Mercado, "De ida y vuelta siete veces", y N. Jitrik, "Vivos queden en la muerte", en *Debate Feminista. Crítica y censura*, Año 5, vol. 9, México, 1994.

incorporado a nuestra vida como un objeto cotidiano y familiar.

Fanny Brudny, del Instituto de Ciencias Sociales, había estado haciendo estos recortes a partir de enero de 1994 y los tenía ordenados y pegados en hojas tamaño oficio. Me hizo una fotocopia de ese archivo, en el que había separado aquellas personas que no figuraban en las listas de desaparecidos ni en sus anexos, es decir nombres que aparecían por primera vez en esos recordatorios, dejando suponer que sus familiares sólo habían aportado datos recientemente, con motivo de un aniversario, ya fuese de nacimiento o, por falta de fecha exacta de muerte, del momento de la desaparición o secuestro. Había también anotado debajo de cada uno de los recortes las distintas fechas en que habían aparecido esquelas de esa misma persona desde 1994.

La lectura me llevó a hacer anotaciones minuciosas, pero en realidad copiaba los nombres, las fechas, y las circunstancias, en un afán por fijarlas de acuerdo a clasificaciones que iban surgiendo a medida que leía. Ahora que describo mi manera de hacerlo advierto que ya me había dejado atrapar por esos textos y que, al reproducirlos, los recreaba, los escribía yo misma, como sucede con cierta forma de lectura que convoca a una nota al margen, al subrayado o a la marca con cruz, círculo o tilde, según la índole del señalamiento.

Observé en varios textos la manera en que eran nombrados los victimarios: con su cargo militar y nombre completo, sin escatimar el detalle de la forma en que fue juzgado culpable y condenado por la justicia e indultado por el Presidente Menem. Había en este tipo de texto, escrito en tercera persona, un rigor objetivo, sin concesiones al vínculo sentimental: un *él* o *ellos* que "fueron secuestrados y desaparecidos", no simplemente desaparecidos, sino víctimas de un secuestro. Esa decisión política de nombrar se amplía: se dice *campo de concentración El Olimpo, donde Miara fue torturador*, por ejemplo; se habla de *desaparición forzada, fusilamiento, masacre, asesinados, genocidio*; no hay atenuantes para describir lo que pasó: *secuestrados en su casa por delincuentes encapuchados*, y las acciones de los genocidas son nítidas: *secuestraron, torturaron, eliminaron*. El rigor tiene algunas variantes como, por ejemplo, escuetamente reproducir la resolución por la que se dicta a un Juez de Primera Instancia el mandato de testimoniar el expediente y remitirlo al Consejo Supremo de las FF AA para que juzgue la existencia o no de un hecho ilícito cometido por personal militar en la persona del recordado, debajo de cuyo nombre sólo se señala la fecha de nacimiento y la de su desaparición.

Nombrar sin atenuantes parece ser una decisión política, difícil de acatar

hasta sus últimas consecuencias sin tocar la subjetividad. Esta siempre aparece, no digamos ya en las fotos, cuya carga emocional es indiscutible en cualquier circunstancia, sino también en el detalle de una firma: *Su padre, hermana, cuñado y sobrinas que no conoció*, que transparenta los vínculos familiares en el presente y a futuro. La misma decisión política está presente en los recordatorios de militantes, en los que se narra la trayectoria de una militancia, las circunstancias del secuestro, la inscripción definida en una organización y, por lo general, la determinación de seguir la lucha por la justicia y el castigo a los culpables y por los ideales que guiaban a las víctimas...

Como contraparte, hay otros recordatorios en los que, tal vez por una idea o ideología literaria - un modelo de redacción, si se prefiere - las circunstancias de la desaparición se desdibujan en alguna metáfora, cuando no en un confuso eufemismo que obra como atenuación cuando lo que se pretendía era adjetivar negativamente el acto criminal o el genocidio. Ejemplo: *un zarpazo brutal de paranoias y alienados te alejó físicamente*. El sitio de la muerte se convierte en una abstracción: *Hoy puedo creer que desde donde estés me escuchas, me cuidas y me das fuerzas para seguir luchando*; y las consecuencias del enfrentamiento, puesto que se trata de lucha, no tienen explicación: *paloma de la paz que nos quitaron sin razón*.

Este símil de análisis de textos podría proseguir indefinidamente y sería una tarea para plantearse a futuro. Se trabajaría sobre la manera en que se ajustan formalmente al modelo del recordatorio, aunque transgrediéndolo en sus alcances. Se trataría de dilucidar en qué medida han llegado a ser objetos con una dinámica que genera sus propios recursos para condensar las cargas y descargas que provoca la figura de la desaparición. Desaparición que irradia muerte sin sepultura, que es puro enigma sin solución ni respuesta.

La lectura tiene efectos imprevisibles y uno de ellos es la incitación a reconstruir las vidas a partir de los indicios que puede soltar, en su brevedad, un recordatorio. El lector no se puede sustraer y a lo largo de páginas y páginas irá rearmando los lazos familiares, detectando la trama de historias puestas en evidencia por una firma, por la invocación de un hijo, de una madre, de unos compañeros: las separaciones, los nuevos matrimonios, las reuniones por parentesco, por pertenencia, por oficios, por profesiones. El extenso plano se va poblando como un territorio y a medida que se avanza en la lectura todo se convierte en señal, en una polisemia cuya dilucidación exigiría múltiples

cruzamientos. Sólo hace unos días encontré un libro que podría constituirse en modelo si nos propusiéramos prolongar esos textos insinuantes e inconclusos y hacer una sobreescritura de esas historias latentes, la Antología de Spoon River, colección de poemas en forma de epitafios del poeta norteamericano Edgar Lee Masters², en la que los difuntos cuentan en primera persona sus avatares y la red se convierte en el mapa subjetivo de un pueblo y de una comunidad, uno de los efectos más genuinos que suele lograr la literatura.

Reconstruyo los cuerpos: hay fotos instantáneas con paisaje, en vacaciones, en fiestas; fotos carnet, fotos de parejas, fotos grupales. Son borrosas: son fotocopias finalmente, reproducción de reproducción. Hay vidas anunciadas en un embarazo evidente. Hay vidas inconclusas de bebés muertos con fuerte potencial: *tendrías veinte años* o vidas que se vivieron sin los testigos que debieron estar para verlos vivir: *tendrás veinte años* o *tienes veinte años*. *Tus hermanos no te conocen*. *Hay ojos siempre vivos, tu alegría y tus manos extendidas*.

Todos los días durante un mes vuelvo a esas caras, esos nombres, esas historias y poco a poco voy sintiendo la contundencia del lugar que empiezan a ocupar, no digamos ya en mi cabeza o en mi conciencia, sino en un espacio concreto, el que ocupan los recortes encolumnados en las hojas tamaño oficio que voy depositando sobre la mesa y extendiendo hacia el piso y las paredes de mi casa. El acto de acomodar se convierte en una ceremonia, este es mi funeral y mi cementerio. En el centro está la tumba de los jóvenes fusilados en Margarita Belén, Chaco, el 13 de diciembre de 1976 y esa tumba y su poema se convierten en el centro a partir del cual se sitúan las otras tumbas, en la tierra o en nichos, depende del espacio de la cuadrícula mortuoria. Un ordenamiento espacial de recordatorios pegados en papel reproduce, como si repitiera una estructura insoslayable de la especie humana, el rito funerario de sepultar, por orden, en recintos cerrados, a los muertos de la familia y de la comunidad. Las fotografías son las imágenes de una "realidad" de los cuerpos y de las almas. El sentido de trascendencia no se ha perdido.

En cuanto a los textos, la manera en que se dirigen al familiar evocado, ese tuteo que es también propio del interlocutor de la poesía -el tú lírico, especie de otro yo o de doble del poeta- dice más que la evocación. Quien lo lee se convierte en el tú, es el desaparecido, el muerto, la víctima, por procuración, es decir un hacerse

² Edgar Lee Masters, *Antología de Spoon River*, selección, prólogo y traducción de Alberto Girri, Buenos Aires, Ediciones Librería Fausto, abril, 1979.

cargo de esa muerte que todavía no es la propia... Ese sería el movimiento por el cual estas tumbas de papel, al igual que las de piedra o de mármol, incluyen al deudo, integran al mortal a ese lugar separado que será su muerte, tu muerte y la del yo que evoca al inmortal no por obra de Dios sino por obra de la memoria viva. La esquela me ha sido dirigida. En esta socialización yo, nosotros, nos tenemos que hacer cargo del muerto.

Piedras que eran de un río llevadas y plantadas junto a otro río, cementerio de papel, flores arrojadas al otro río junto a Buenos Aires, son actos necesarios, pero también lo son otros, que van un poco más lejos en esta regeneración de una cultura y que ya suceden. Lo acallado tiene voces, ruidos, un murmullo rulfiano que empieza a decir lo que se había confinado a la ultratumba: esos desaparecidos fueron combatientes, se quisieron dentro de un proyecto y una lucha, su historia tenía una lógica y esa lógica configura un legado. Los recordatorios son epitafios en nuestro cementerio, pero lo que llevan escrito son los hechos de un tiempo, una escritura que es más documento que monumento, más presente que pasado y, siéndolo, una historia cuya lógica será cada vez más patente a medida que se la escriba.